

Sociología

EL EVANGELIO

DEL

TRABAJO

Las causas del desastre.-

Son muchas y complejas las causas que sacaron de la Iglesia a los obreros. Sin embargo es posible destacar entre ellas unas cuantas fundamentales que por sí solas bastan para explicar el hecho.

Para la perseverancia en la fe y en las prácticas cristianas ayuda extraordinariamente la presencia en un medio familiar tradicionalmente cristiano. El industrialismo, al sacar a los obreros de su medio familiar y transplantarlos al nuevo medio industrial, quitó a los obreros ese firme apoyo religioso. No es menos importante la posesión de una personalidad vigorosa, de un espíritu libre, elevado, esponjado. El industrialismo, al despersonalizar a los obreros y convertirlos en ficha, número, masa; al someterlos a un trabajo monótono y embrutecedor; los degradó y redujo a un predominio casi total de las sensaciones y de los sentidos, plano inclinado para todos los vicios del cuerpo y para el embrutecimiento del sentido espiritual. Hay un mínimo económico indispensable por debajo del cual el espíritu naufraga en la preocupación y la angustia, y pierde los arrestos necesarios para mantenerse en las alturas de la fe y la virtud. El liberalismo económico dejó a los obreros sin ese mínimo económico: ahogó su capacidad de vida espiritual. La angustiada situación a que los redujo, las injusticias con que amargó y exasperó sus corazones, pusieron a los

obreros en el trance desesperado de quien no puede continuar como está y no encuentra remedio para su mal. No podían continuar así. No podían ellos solos redimirse. Necesitaban un redentor. Se les ofrecieron dos: el marxismo y el catolicismo.

El catolicismo les ofrecía un magnífico programa de redención; el más bello, el único verdadero. Desgraciadamente, en muchos sitios, no pasaba de programa. ¿Dónde estaban los poderosos sindicatos católicos que respaldasen con su fuerza los postulados de la doctrina social católica? ¿Dónde estaban las legiones de sacerdotes y religiosos que con su fuerza moral y espiritual impusiesen el camino social católico a los patronos católicos que se negaban a entrar por él? No los había en número suficiente. El programa católico se quedaba en mera teoría, no ofrecía garantía de convertirse en realidad.

Por otra parte, un gravísimo escándalo dificultaba a los obreros el acceso a las filas católicas. Patronos que injustísimamente oprimían a sus obreros como si no tuviesen fe ni conciencia, aparecían en primera fila entre los devotos, religiosos, obsequiosos con el Clero, limosneros y protectores de la religión. Y mientras el marxismo los señalaba con el dedo como hipócritas Caines, en las filas católicas los acogían, los atendían con predilección, los alababan, convivían con ellos, se dejaban obsequiar por ellos. Y el obrero intuía que en las filas católicas le esperaba, no la justicia y redención social que esperaba, sino una prolongación de la servidumbre de la fábrica.

Muy distinto era el programa que le ofrecía el marxismo. Ruptura tajante con el mundo patronal explotador. Revolución proletaria para derrocar aquel injusto orden social y traer otro más justo y humano. Elevación del obrero, triunfo del obrero, dominio obrero, aplastamiento de los explotadores. Métodos expeditivos, drásticos... Una cosa fundamental muy buena: ansias de justicia en no pocos militantes del marxismo, y decisión cerrada de acabar con la injusticia y constituir un mundo mejor. (Esto no lo había inventado el marxismo; lo había tomado de la entraña viva del Evangelio de Cristo). Otra cosa muy importante y que seducía: la decisión tajante, los métodos expeditivos, los hechos —no pocas veces—. Un desorden espiritual que lo

viciaba todo: el materialismo, la inmoralidad, la irreligión.

Y vino el focejeo. Los obreros necesitaban redentor. No podían continuar así. Veían que los católicos no eran eficaces. Creían que los marxistas lo eran o lo iban a ser. Se fueron con ellos. Se fueron para lo social, no querían irse para lo religioso. Para lo religioso querían continuar en la Iglesia. Se crea de este modo aquella postura de confusio-nismo y ambigüedad que reflejan muy bien aquel sacristán de parroquia que milita en las filas marxistas para defender su pan, o el joven aprendiz de un centro de formación profesional católico que escribe en la pared hace unos pocos años "Viva Cristo, y viva el comunismo!".

Así las cosas entra en escena la acción y propaganda marxista, que las conduce del siguiente modo. Dice a los obreros: "Vosotros necesitáis un Redentor. Ese Redentor somos nosotros. No veis cómo trabajamos y luchamos por vuestra causa?" (Era verdad que trabajaban y luchaban. Por lo que fuese; pero trabajaban y luchaban...) Fueron más lejos. Hicieron lo indecible por controlar y dominar todas las fuerzas obreras, para estar presentes dondequiera que se ventilase un interés obrero, y apuntarse el tanto de toda victoria, de toda mejora conseguida para los obreros: de las conseguidas por el marxismo y de las conseguidas por otros. Y dijeron a los obreros: "Todas vuestras batallas las ganamos nosotros. Todas vuestras mejoras nos las debéis a nosotros". Esto ya no estaba bien; estaba muy mal. Fueron más lejos. Calumniaron a la Iglesia para minar su prestigio y apartar de ella a los obreros. Dijeron: "La Iglesia, los curas, los católicos, no hacen nada por vosotros. No veís qué poco se preocupan de vuestra suerte? Son como los Fariseos en tiempo de Cristo: Dicen y no hacen. Hacen todo lo contrario. Cristo les manda y ellos predicán ir a los pobres, y van a los ricos, defender a los pobres, y defienden a los ricos. Son el gendarme del capital; ellos sostienen al capitalismo que os explota. Son el opio del pueblo que os narcotiza para que no despertéis y reivindicéis vuestros derechos. La religión es una farsa, opio del pueblo, cabestro y gendarme con que os sujeta el capital; la moralidad, unas cadenas estúpidas que hay que hacer pedazos; los curas unos farsantes, hipócritas, vividores. Los patronos católicos, los peores de todos: con el rosario en la mano os matan

de hambre y opresión... La Iglesia, los curas, la religión: he ahí el enemigo".

Esto era ya más que mal. Esto era mentira, calumnia, villanía, traición. Sin embargo, entre calumnia y calumnia iban entremezclados hechos fundamentales tan manifiestos que los obreros se dejaron seducir: La ineficacia de las fuerzas sociales católicas de muchos pueblos cristianos; el escándalo de patronos injustos que figuraban demasiado en las filas católicas; la atención manifiestamente desproporcionada, que el Clero consagraba a las clases altas y patronales en detrimento de las clases populares...

Cuando la seducción no bastaba, el marxismo apelaba a la coacción. Dijo a los obreros. "Si no te haces socialista, no te dejaremos trabajar; no te dejaremos vivir; el día que nosotros triunfemos, irás al paredón". Y efectivamente, no los dejaban trabajar. (Y con qué amargo recuerdo hablan los obreros católicos de los tiempos en que patronos católicos admitían al trabajo a todos los obreros socialistas, y en cambio a ellos los rechazaban porque no querían hacerse socialistas...); no los dejaban vivir; los fusilaron el día que ellos cogieron el poder...

Cuando ni la seducción ni la coacción resultaba suficientemente eficaces, el marxismo seguía la vieja táctica: "Haz viciosos, y tendrás apóstatas". Corrompida la moral individual y familiar, qué fácil es llevar a un obrero al marxismo y a cualquier cosa...

Se llevó los obreros el marxismo. Se los llevó a la revolución proletaria, a la lucha de clases, a derrocar el inhumano orden social, a la promesa de un mundo mejor, a reales ventajas materiales que más de una vez les consiguió; se los llevó al odio, al crimen —con frecuencia—, a la guerra, a la sangre; se los llevó al materialismo, al ateísmo, a la irreligión...

Se los llevó. ¿No se los iba a llevar? Estaban los obreros en situación desesperada. Necesitaban redentor. No podían continuar sin redentor. Se fueron con el que encontraron. Antes de reprocharles su debilidad, antes de perder el tiempo en execrar al marxismo, pesemos bien la responsabilidad de aquella sociedad cristiana que no tuvo para los obreros justicia ni entrañas, ni vigor espiritual para ofrecer a los obreros legiones de monjes y sacerdotes, legiones de cristianos, que fuesen, como Cristo, a evangelizar a los pobres,

a hacer justicia a los pobres, a redimir a los pobres. Se fueron las ovejas de Cristo. ¿Qué hacía la sociedad cristiana que se los dejó arrebatarse?

Estas son las causas fundamentales del desastre. Todas importantes, una decisiva: la separación entre el Clero y el pueblo. No se hubiese producido el desastre si el Clero hubiese estado suficientemente presente en la industria, en la economía, en las organizaciones obreras, para imponer en ellas —en el capital y en el trabajo, a los patronos y a los obreros— el espíritu y las directrices del Evangelio de Cristo; para ser, —como Cristo— sin descuidar a los ricos— evangelizadores del pueblo y defensores del pueblo.

Un manual de acción misionera.-

Desde los tiempos del Evangelio, la acción misionera de conquista de pueblos para Cristo tiene un manual de trabajo cuyo fondo no varía. Se resume así: "Pueblo entre el pueblo. Padres y defensores del pueblo. Amar al pueblo. Evangelizar al pueblo. Hacer justicia al pueblo". Ese manual no puede cambiar: lo puso Cristo. Es el Evangelio de Cristo.

En misiones y en no misiones, para ganar al pueblo para Cristo, sólo hay un camino eficaz: una legión inmensa de apóstoles populares y un mundo imponente de realizaciones sociales católicas que hagan ver a los obreros, que hagan ver al pueblo —por encima de todo prejuicio— que la Iglesia hoy —como en los mejores tiempos de su historia— sabe amar al pueblo, luchar por el pueblo, trabajar por el pueblo, morir por el pueblo; guiar con una mano al pueblo, por el camino del cielo, y con la otra defenderle en la tierra al mismo tiempo que construye para él un mundo de justicia, de amor, y paz: el mundo cristiano del trabajo. Llevar a los que sufren, junto con el alivio espiritual del Evangelio, el apoyo material en sus dificultades terrenas; suavi-

zar con espíritu de caridad cristiana las necesidades materiales que dificultan la vida de los humildes, es facilitarles el camino del cielo. El gran argumento popular de la evangelización cristiana se resume así: "Mi religión es buena, porque yo soy bueno. Que yo soy bueno, os lo prueban mi vida y mis obras".

El Imperio Romano se entregó a los Apóstoles y a sus sucesores, padres y defensores del pueblo. Nació Europa bajo la dirección de los Monjes, padres y defensores del pueblo, y Europa nació cristiana. Nació América bajo la dirección de los Misioneros, padres y defensores del pueblo, y América nació cristiana. Arraiga la fe en los corazones infieles al calor del corazón de los Misioneros, padres y defensores del pueblo... Faltaron esos Misioneros en el campo del trabajo. Nació el mundo obrero bajo la dirección del marxismo, y el mundo obrero nació marxista."

Una lección de filosofía de la historia.-

"...las sociedades cristianas se engrandecen o decaen según que el fervor y la caridad social del clero se mantenga o no en vitalidad febril. La historia de la Iglesia es línea de altibajos que corresponden sincrónicamente a la posesión o carencia de virtudes sociales en el Clero; y si sometemos a disección las herejías, revueltas y crisis religiosas, descubriremos como agente primario la carencia de tales virtudes, el lujo, la ignorancia y la desatención de la evangelización popular del Clero".

(B. Ibeas, RIS, abril 1945)

Aprendamos. ¿Queremos reconquistar para Cristo el mundo del Trabajo? El clero fuera de la sacristía. El clero al pueblo. El clero a las factorías. El clero al campo. El clero a las barriadas obreras. El clero a los Sindicatos. El clero a las Cooperativas, a las Mutualidades..., a la vida del pueblo. Y el mundo obrero volverá a ser cristiano.

N. PUYADA S. J.